





AL FINAL DEL HORIZONTE



Armando González Gómez

AL FINAL
DEL HORIZONTE



Primera edición: diciembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Armando González Gómez

ISBN: 978-84-16824-78-6

ISBN digital: 978-84-16824-79-3

Depósito legal: M-30095-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi esposa Chio, mi ideal de mujer



ÍNDICE

ILUSIÓN	11
ESFUERZO	61
CONQUISTA	121
DESENGAÑO.....	157
VIOLENCIA	197
ABANDONO	211
MISERIA	227



ILUSIÓN

Piel y hueso, movimientos indecisos, dedos nerviosos y cabeza gacha, cuando el sol declinaba sentía en las entrañas esa imperiosa necesidad de alcohol que había sentido por más de la mitad de su vida, y entonces visitaba las cantinas en busca del ingenuo a quien raparle un aguardiente o del bondadoso que se lo brindara en gesto de hermandad, de cofradía en el vicio. Ya su único amigo, su confidente y consuelo era el licor, y con su conversación ágil cargada de historias y sus gestos convincentes siempre lograba que alguien le brindara tragos a su boca ansiosa y monedas a su bolsillo escaso. Muchas veces fue zarandeado por robar alguna copa en mesa ajena, y entonces se marchaba con paso vacilante a su madriguera oculta bajo el portal de un edificio abandonado. Allí dormía su borrachera y, un poco hoy, algo más después, le agregó espacio para darles cupo a esos rapazuelos hambrientos y miserables que acudían a él en busca de amparo y no pocas veces en busca de consuelo. Yo fui uno de ellos. Recuerdo que de martes a viernes el centro de la ciudad se llenaba de prostitutas, vividores, tertuliantes y beodos. Le era fácil entonces hacerse a sus tragos, llegaba inconsciente y ni siquiera nos veía, pero las noches de fin de semana eran solitarias, bucólicas y tristes, y entonces él estaba sobrio, encendíamos una fogata que atizábamos con basura y, amparados por su calor, escuchábamos una y muchas veces la historia de su vida. Las llamas hacían ver más amarilla su piel amarilla, más desfilachada su ropa raída y maloliente, más incoloros y faltos de expresión sus ojos redondos y más triste su semblante. Por un tiempo fue el

único padre que tuvimos, el único consejero, la única mano amiga. Ese borracho de relatos asombrosos que a veces nos leía largas páginas de su diario ajado y mugriento que al final heredé y del cual me ayudo para contar estas vivencias ajenas, otros habitantes de la calle y yo, por algún tiempo fuimos familia. Sus recuerdos en voz alta le hacían olvidar su miseria; a nosotros nos llevaban a esos mundos de opulencia que él vivió, y si alguien preguntaba si esas historias fueron ciertas invariablemente contestaba: «¡tan cierto como que estas llamas nos calientan!». Él nos hizo vivir la vida solitaria y feliz en las praderas, logró hacernos soñar con las noches arrulladas por el búho y el placer de montar a un caballo de paso fino colombiano, y fuimos felices con la feracidad de Los Bajos, la amistad de Luis y el amor de Sara. Sara fue, si no sigue siéndolo, el amor de nuestras vidas. Porque, en aquellos tiempos de penuria, ¿a quién más podíamos amar, si no a ella? Cuando el hambre atacaba, los frutos de Los Bajos lo vencían; cuando la sociedad nos asediaba, el valor de Luis la derrotaba; cuando la nostalgia llegaba, las caricias de Sara la alejaban. Hoy, después de tantos años, a media noche, sentado en el restaurante de precios altos construido en lo que fue nuestra madriguera, al cerrar los ojos me parece escuchar sus palabras y entonces lo veo observar al alazán de movimientos armoniosos, cuello arqueado, mirada nerviosa y orejas juguetonas que fue la atracción de los curiosos que se agolparon a observarlo bajo las ceibas de la Avenida La Playa, cerca al café La Bastilla. Era común que en las tardes de sábado exhibieran ejemplares adiestrados a la perfección, y el espectáculo se convirtió en rutina para los amantes del equino de andar simétrico y acompasado, cuerpo esbelto, color definido, resistente y brioso en la faena y noble con su amo. Los cascos de aquel caballo de paso fino colombiano, al recorrer la calle sin descomponer ni por un instante su postura, originaban sobre el pavimento un nítido y constante: «taca-taca-taca-taca».

—Asombrado, como siempre, por el desplazamiento cadencioso y musical —nos decía—, volví a sentirme montado en uno igual

y otra vez arreaba una manada de yeguas preñadas a través de campos solitarios cuyo silencio, abierto por el tronar de los galopes, se cerraba al alejarse las bestias y cubría nuevamente con su manto la paz de la llanura.

«Taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca».

El alazán recorría de occidente a oriente el frente del Teatro Junín, orgullo arquitectónico de la ciudad. Su fachada de ventanales grandes apoyados en vigas de concreto era llamativa y transparente. Comedia, zarzuela, opereta. Pensé que eso eran fruslerías para aliviar tedios que se niegan a marcharse, olvidos momentáneos de realidades que no pueden ser olvidadas; para algunos nada más que la oportunidad de lucir joyas y vestuarios, y me pregunté cómo resonarían aquellos cascos en el escenario. ¡Un caballo de paso fino colombiano recorriendo el entablado sería una obra de arte digna de apreciarse una y otra vez! A pesar de ser el séptimo teatro cubierto más grande del mundo, me pareció menos imponente que el cojudo. Orgullo de la arquitectura ecléctica, pero sin vida, sin movimiento, sin tensados y palpitantes nervios bajo la piel, hinchados por el esfuerzo; sin miles de gotas de sudor brillando sobre la pelambre color sangre de toro; sin hollares dilatados capaces de mantener con vida pulmones amplios y corazón musculoso; sin cuello grueso y mirada desafiante; sin cola elevada como símbolo de orgullo; sin remos capaces de levantarse con ritmo y simetría y caer para golpear el piso con gozo, con la determinación de quien se sabe inimitable.

«Taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca».

«Ensilé antes de que llegara el día, y ya siento el cansancio de mi montura pues falta poco para la noche. Si sostengo el galope llegaremos al marcharse el sol, pero tal vez cuando cruce el arroyo me dé por girar al norte a buscar su nacimiento, y si lo hago, allá acamparé y por días dejaré descansar a la manada. Podré hacerlo, pues soy libre de tomar mis decisiones y usar el tiempo a mi manera. Y vaya si soy afortunado; en mi espacio no existen horarios ni fronteras. Para eso luché. Para construirme

este mundo solitario y silencioso. Para cabalgar sin más afán que protegerme del sol pues a donde llegue no será más que otro punto de partida, y dormir al calor de mi fogata sin más testigo que el búho que me arrullará con su aullido de notas lastimeras. Vagaré sin rumbo hasta cuando la encuentre a ella. No logro explicarme por qué veo claramente mis futuras haciendas y bestias y ganados, y a ella solo puedo verla en una especie de penumbra. Aun así, logro distinguir que su piel no es blanca ni morena y que su cabello no es pálido ni negro. Y será mía hasta el inicio de una nueva eternidad».

El rechinar de neumáticos me hizo recordar al alazán.

«Taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca-taca».

El cojudo atravesó la avenida indiferente al frenazo del Oldsmobile modelo 46 y, sin descomponer sus movimientos, lo rodeó ante la mirada complacida y los aplausos de los curiosos. De la parte trasera del automóvil negro y largo descendió un caballero vestido de traje azul oscuro, camisa blanca de cuello almidonado y corbatín negro con rombos blancos, de bastón y bombín, quien pidió al jinete volver a rodear el carro.

—¡Qué patas tiene! ¡Qué patas! ¿Cuánto vale?

—No se vende —contestó el jinete.

—Pida.

El jinete paró al caballo, reacomodó el galápago, con el poncho secó el sudor de su frente y reculó a la montura. Cinco o seis pasos atrás, y marcha adelante. Hizo un ocho, paró y reculó. Un nuevo ocho y ningún error del caballo.

—Pida.

Ya era denso el número de vehículos esperando vía, grueso el conjunto de curiosos, y un policía miraba al caballo mientras acariciaba el garrote contra-cualquier-protesta-contra-el-Estado.

—No se vende.

—Puedo ofrecerle mucho dinero.

—Ya lo han ofrecido. Muchos tienen mucho dinero, pero solo uno en el mundo tiene un caballo como éste. Y ese soy yo.

En la sonrisa del jinete se notó el desprecio, se acomodó el sombrero, tocó ijares y se perdió de vista al doblar a la derecha por la carrera Sucre; el espectáculo había terminado.

Cuando en mi mirada se perdió el alazán y fue remplazado por rostros sonrientes y adustos y tristes y alegres y decididos y confusos, otra vez prometí dedicar mi vida a que la pobreza fuera cosa del pasado, un accidente temporal, y juré como la primera vez que vi a un caballo de paso fino colombiano: «¡tendré muchos iguales y mejores!».

—¿Lo viste, Octavio? ¿Notaste la quietud de sus ancas? ¿Observaste el ajuste de sus patas y la simetría de su avance? ¿Apreciaste la suavidad de su desplazamiento? ¿Qué opinas de la paz en su cola? ¿Viste la determinación en su mirada? ¡Ahora tendrás que aceptar que el caballo de paso fino colombiano es único e inimitable, y comprender por qué quiero hacerme hacendado y caballista!

En lugar de notar en la mirada de Octavio esa admiración que anhelaba sintiera por mí, noté, si no pesar, sí asombro.

—Tierra y caballos —me lo dijo muchas veces— eran lujos de gente adinerada, y aun en familias con aceptables niveles de educación y posición social no bastaba una sola generación para acumular el capital necesario —como siempre, quiso frustrar mis esperanzas—. Nunca entenderé que tengas por ambición algo inalcanzable —dijo con voz segura y convincente—. Lo que sí entiendo es tu frustración por no poder montar en esos animales.

—Ya será. Algunos montadores prometieron enseñarme a montarlos y exhibirlos, pero sé que es solo para sacarme algunas cervezas. A Javier Hernández sí le creo.

—¿Ellos te enseñaron lo que sabes?

—Así es. Y mis caballos serán como el alazán que viste: perfectos.

En muchas ocasiones Octavio intentó convencerme de que me fijara metas realizables a corto plazo, me señaló campos en que podría desempeñarme con éxito a pesar de mi falta de educación formal, me recordó que mi familia estaba urgida de ingresos inme-

diatos y que con sueños no supliría sus necesidades, pero solo le hablaba a mi cuerpo porque mi mente nunca estaba ahí, mi mente no oía ni se enteraba. Cuando Octavio hablaba de fábricas, yo respondía de vacas. Y si hacía referencia a los salarios, yo la hacía a potros recién nacidos. Ahora vio la oportunidad de acorralarme, de traerme de vuelta de mi mundo oscuro y lleno de imposibles, y ceñudo preguntó:

—¿Cuánto tiempo trabajarás solo para comprarte un caballo? E imagino que en ese momento tendrás tierra para que corra, el pesebre para que duerma, la yerba para que coma y las yeguas para que goce.

—Eres más que ingenuo si piensas que trabajando se logra ser dueño de caballos finos —contesté, lejos de perturbado, divertido—. De caballos finos y de tierras.

El cigarrillo que Octavio llevaba a sus labios quedó a mitad de camino, su frente se pobló de arrugas y sus ojos dejaron de ser oblicuos para ser redondos. La boca abierta le dio apariencia de imbécil, y creo que se sintió imbécil cuando supo que el acorralado era él pues, sin lograr imaginar mis planes se atrevía a cuestionarlos. Lo saqué del apuro.

—Atiendo a los que saben y cogí sus mañas. La manera de lograrlo es hacerme con una tierra, para eso ahorro, y con sus frutos comprar yeguas de buena raza y preñarlas de semental probado. Así tendré potros de bajo coste que luego serán ejemplares de alto precio. ¿Ves qué fácil?

Octavio supo que yo no era un loco. Por el contrario, supo que era un hombre definido por mí mismo, que no aceptaba consejos contrarios a mis ideas, y que, en contra de mi cuna humilde, elegí un futuro que me haría adinerado, respetado, famoso y apreciado. Y elegido sobre la base de un plan sopesado, averiguado, analizado tantas veces que lo di por definitivo. Un plan que superaba con creces las oportunidades que me ofrecía la ciudad y me daría la vida libre que soñé siempre. Él detestaba la palabra «libre» y la consideraba la engañifa con que los descamisados franchutes se hicieron al

poder para montar su propio despotismo, pero para mí la libertad era el mayor proyecto de mi vida, merecedor de todos mis esfuerzos. Decidió llevarme la corriente y averiguar dónde desembocaba ese caudal de ambiciones.

—Muy fácil —dijo entre risas—. Te invito a un trago.

—Entremos al café; te presentaré a Javier.

El café La Bastilla era epicentro de ganaderos y negociantes y solitarios y vividores y poetas y bohemios que llenaban las noches de licor, de fantasía y de lujuria. Sitio ideal de tertuliantes, era atendido por mujeres dispuestas a calmar la lascivia de los jóvenes y los declinantes tormentos de los viejos.

—Hola, Javier. Este es mi amigo Octavio Agudelo.

Javier lo miró con esa mirada propia de los chalanos, arisca y confiada a la vez, huidiza pero firme cuando la confianza lo aconseja, capaz de detectar de un vistazo lo bueno y lo malo del animal que tienen al frente. Con firmeza le tendió la mano.

—Mucho gusto, señor. Siéntense. ¿Les gustó el caballo?

Octavio sonrió con la pregunta. En realidad, no supo qué contestar, pues carecía de conocimientos y en su memoria no existían otros caballos que le sirvieran de marco para una comparación objetiva. Yo fui generoso en explicaciones sobre las cualidades del alazán.

—Que la marcha lateral de dos tiempos es natural en los caballos moros que trajeron los españoles a América —dije—, lo que se conoce como ambladura, pero que en Colombia los montadores dividieron ese andar para producir una marcha lateral a cuatro tiempos y lograron acompasar su velocidad en el movimiento de los remos, generada por el brío del berberisco, con una corta longitud de desplazamiento de los mismos, lo que dio como resultado el «paso fino colombiano». Que eso nadie se los enseñó; que los montadores lo intuyeron; que fue el resultado de su amor por el caballo, la dedicación a él y su natural malicia indígena. Y que para probar la verdad de mis afirmaciones ponía como juez de ellas a Javier Hernández.

—Así es —dijo Javier—. Dicen los que saben que los montadores hemos hecho del caballo colombiano un ejemplar excelso y único. Me han contado, mi hermano, cambiando de tema para no cansar al señor, que te ven salir del restaurante donde trabajas con una mujer llamativa. Vamos, hombre, pide una botella y cuenta todo.

—Yo invito —dijo Octavio.

—¿En verdad creen que les voy a contar intimidades? —preguntó Óscar entre divertido y confundido—. Los detalló uno a uno, le pareció que eran una manada de cabrones, y no supo si ser prudente y conservar la honra ajena o vanagloriarse de sus conquistas. Si optaba por lo último, tal vez ellos entendieran que, como sucede con las mujeres, la conquista de la tierra es cuestión de táctica y así lograrán ver posible su ambición. Trabajo le costó hacernos entender que era honra y que era vanagloriarse, a nosotros, que por educación solo teníamos el desprecio ajeno. Sopló varias veces la fogata antes de continuar.

—Tiene veinticinco y el marido sesenta. El pendejo se cree ajedrecista, la mujer me lleva a jugar, él se pone feliz porque me dejo ganar, se toma sus tragos, se emborracha y se duerme, y... ¡Mate! El peón se come a la reina. La maldita, cuando la tengo al borde del paroxismo, me pide que me olvide de las tierras y me dedique a jugar con el viejo y a darle trago, que disfrutará conmigo su viudez y su riqueza. Lo gracioso es que salgo del apartamento como todo un señor, el contrincante del muy respetable dueño del edificio.

—¿Y qué esperas, hombre? —preguntó Javier—. Llévale trago adulterado y acabas de una vez.

—¡So bobo! Al año, ella me hace la misma.

—¿Tienes otras del mismo estilo?

—Algo más discretas. Mujeres solitarias porque sus maridos solo tienen ojos para sus amantes, o amargadas pues se casaron por dinero con un viejo al que siempre tildan de asqueroso, ya que les resultó menos desprendido de lo que esperaban. Es un ambiente tragicómico, pero tiene de agradable el que muchas caen en mis brazos.

—¡Tú si eres un verraco, hombre! Y suertero —dijo un montador.
—No fue fácil—. Por años lavé loza, hice el aseo, las compras y los oficios humildes, apenas para subsistir. Un día una dama regó su trago, fui a limpiar, le puse conversación, me pidió que compartiera su mesa y al dueño le rogó que me dejara de mesero, que ella y sus amigas frecuentarían el lugar. Eso fue un ascenso; llegaron un mejor salario, las propinas y la capacidad de ahorro.

—¿Esa dama te resultó hábil en la cama?

—No he logrado sacarle más que besos y caricias, de pies, en la trastienda. Tiene un nombre extraño: Purísima.

—¿Te gusta la vida que llevas? —preguntó Octavio.

Pensé la respuesta. Miré por unos segundos la copa que tenía en la mano, y luego lo miré a él. Encendí un cigarrillo.

—Eres un imbécil —le dije—. Si me gustara, no me verías haciendo esfuerzos por cambiarla.

—¿Y tus tierras? —preguntó Javier, y en su pregunta noté la intención de que me olvidara de Octavio.

—Me cansé de mendigarles trabajo a hacendados y finqueros, y ahora lo mendigo en el Ferrocarril de Antioquía. Si logro que me enganchen en Puerto Berrío compraré tierra en el Carare, ahí, al frente, al otro lado del río. Dicen los maquinistas que han viajado a Barrancabermeja que es hermoso. Que el tren recorre horas y horas entre verde y soledad, entre ríos y arboledas que se hieren con el ruido de la máquina, y suspiran de alivio cuando ésta se pierde en el paisaje. Creo que en el futuro va a valer mucho dinero, y en medio del dinero tienen que estar mis propiedades. Mi prioridad es ahorrar lo más que pueda y comprarme algún pedazo; lo demás será simple trabajo material.

—Mata al viejo del ajedrez y la viuda te dará la tierra —dijo uno de los cuatro montadores que ya compartían la mesa—. Y a lo mejor te encima las bestias.

Octavio y yo lo miramos, incrédulos y asombrados. El montador sonrió con franqueza, con la alegría de quien acaba de solucionar un problema insoluble para los otros.

—¿Qué opinas, Octavio?

—Me parece bien una solución loca para una idea loca.

Él notó mi enojo, y antes de que pudiera contestar, agregó:

—Está bien que sueñes, todos lo hacemos. Lo irracional es que estés decidido a intentarlo. Pero quiero escuchar sobre caballos, invito a otra botella.

—Hecho. Y vamos a casa; sabes lo grato que es para mi madre hablar contigo.

Con la partida del sol abandonaron el café. Caminaron playa abajo hasta la Carrera Junín, doblaron a la derecha y la recorrieron. El bulevar estaba atestado. Ya brillaban los avisos de neón y alumbraban las vitrinas de los almacenes, y en una de ellas, tres maniqués de tal perfección y belleza que parecían humanos mostraban la última colección de Coco Chanel. Cerca de la entrada al Club Unión, un grupo de jovencitas vestidas de talego y talle bajo, medias veladas que dejaban adivinar el liguero y zapatos altos de tacón delgado, reían divertidas al escuchar los requiebros de un grupo de muchachos de pelos engominados, sombreros Borsalino y traje de paño inglés Atlas Tres Campanas.

—Esta noche no dormirán los curas, Octavio, pues es seguro que en el Unión van a bailar Charleston, ese aire que consideran demoníaco y propio de seres inferiores. Y sufrirán porque en el Covadonga, al son de ritmos cubanos, la clase media relajará su moral y convertirá en carnaval el fruto de su trabajo. Ya me los imagino de rodillas y con los brazos elevados, gritando: «¡Oh, divino Medioevo! ¿Qué fue de ti? ¿Cómo permitiste que nos invadieran bailes y teatros? ¡Maldito seas teatro por incitar a la relajación moral y a la infidelidad!». ¿Tú sí crees que lo moderno sea pecado?

—No veo la relación entre modernidad, diversión y pecado —contestó Octavio sin meditar la respuesta—. Y pocos les hacen caso; los sitios públicos siguen llenos.

—Debe ser amarga la vida de los creyentes pobres: someterse a reglas eclesiásticas y orar, pues cuestionar o divertirse es tomar

el camino a los infiernos. Los ricos compran la indulgencia. ¿Eso haces tú?

—Olvídate de mi vida privada. ¿Eres infeliz por ser pobre?

—Sí, pues carezco de todo lo que anhelo. Mi poca felicidad radica en que pienso y no acepto dogmas, y eso me hace libre para elegir mi camino. Nadie puede dictarme mi moralidad y menos señalarme mi sistema de vida.

Octavio lo miró en silencio. Reanudaron la marcha. Caminaron entre fotógrafos ambulantes, vendedores de dulces, organilleros cuyo loro entregaba a cambio de monedas la tarjeta con los secretos del futuro, payasos callejeros y uno que otro místico pregonero del fin del mundo y del irremediable viaje a los infiernos de todo el que perdió el temor a Dios. Una sonriente Evita Perón, luciendo traje deportivo azul y oro, colgaba en la vitrina de una churrasquería: «*La abanderada de los humildes... y de Boca*». Mujeres vestidas de estilo sastre, guantes tres cuartos y sombrero Napoleón, caminaban al lado de los coches de sus hijos empujados por sirvientas de uniforme blanco y delantal azul, y miraban de soslayo los ropajes de otras mujeres elegantes que a ellas las miraban de soslayo también.

—Dame tu mano, guapo. Te leeré la suerte.

Facciones pulidas y tez morena. Falda verde, amplia y larga. Blusa roja y pañoleta amarilla. Candongas grandes y sonrisa amplia.

—Tu suerte, guapo, tu suerte —le dijo a Óscar tomándole la mano—. Y solo te costará unas monedas.

Él sacó de su bolsillo un billete que puso en la mano de dedos largos poblados de anillos.

—Este billete es más que unas monedas. Te lo cambio por un beso.

La gitana lo miró divertida, y con delicadeza apretó el billete.

—No tienes tanta suerte, guapo, no tienes tanta suerte —dijo, y sonriendo se alejó.

Después de aportar a la colecta de un grupo de damas voluntarias que recogía fondos para la caridad pública desembocaron al Parque de Bolívar, centro de reunión y caminata de la alta sociedad

que habitaba los barrios aledaños. Cruzado por senderos y jardines, era vigilado por la estatua ecuestre del Libertador.

—Observa al caballo, Óscar; yo lo describiré y tú me dirás si aprendí algo —dijo Octavio en tono socarrón—. Mano derecha y pata izquierda elevadas y al frente: trotón, trotón galopero, el caballo ideal para trochas y caminos escarpados. Mira cómo van de sueltas las riendas; está cansado. Detalla a Bolívar. Su mirada ya no es firme y al frente; es una mirada triste. Tiene la cabeza inclinada a la derecha y mira al piso. Definitivamente está triste. ¿Se habrá arrepentido de entregar su vida para libertar a tanto indio?

—A tanto pícaro. A tanto sectario. «Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro». Esas, sus últimas palabras, las siento llenas de desilusión.

Las calles aledañas se llenaron de automóviles Buick y Pakard y Cadillac, pues se celebraba una boda en la Basílica de Villanueva. La policía acordonó los alrededores de la entrada a aquella grande iglesia para evitar que el populacho manchara con sus andrajos los finos ropajes de los invitados y que sus olores opacaran los olores de las flores. Óscar y Octavio lograron pegarse a la valla policial, en un escalón que les brindó vista completa sobre el lugar. Las gradas del atrio se poblaron de parejas y de grupos sonrientes que posaron para los fotógrafos, y el continuo parpadeo de las cámaras entrecerró los ojos de los asistentes. Una victoria tirada por caballos blancos paró al frente, un paje de librea bajó la escala y una novia descendió del brazo de su padre. Su corona de azahares dejó ver el pelo de un color negro de ébano, y a pesar de que los ojos verdes mostraron nerviosismo los labios pintados tenuemente de rojo, no dejaron de sonreír. Del cuello delgado pendía una cadena blanca que, en medio de los senos, se confundía con las perlas y pedrería que adornaban el vestido, y cuando las damas de honor, todas vestidas de color rosáceo, formaron dos filas a su lado, los invitados le hicieron calle. Lentamente inició el ascenso de las gradas y se dirigió a la nave mayor.

—¡Así de hermosa será mi novia, Óscar! ¡Y así de elegante tendrá que ser mi matrimonio!

—Sí, es una mujer deslumbrante. Hoy será el centro de las miradas en esa catedral, y lo será nuevamente dentro de sesenta años, el día de sus honras fúnebres. Ya me imagino el sermón del cura: «entregamos hoy a la tierra los despojos de doña Pepita, matrona distinguida, ejemplo de nuestra raza, mujer de virtud sin par que fue capaz de parir quince hijos sin conocer orgasmo. Ella supo luchar contra las tentaciones de la carne, venció a la llamada de la naturaleza, se sobrepuso al placer mundano y pecaminoso y no aceptó a su marido para menester distinto al sagrado deber de procrear, con prudencia, con recato, sin ofender jamás los ojos de la Purísima Virgen del Carmen que nunca faltó en su cabecera. Mujeres jóvenes: luchad contra las tentaciones de la carne y seguid su ejemplo, como ella siguió el de su madre y aquella el de su abuela».

—¡Eres un maldito! ¿Crees que el marido soporte un sexo sin pasión, ensombrecido por el temor al pecado?

—Le será indiferente. Engendrará en su mujer, pero gozará en los burdeles.

—Y no se condenará por satisfacer sus pasiones; el pecado es femenino.

Volvieron a caminar cuando la novia desapareció en la nave inmensa inmensamente poblada de invitados y curiosos. En la carrera Ecuador, a mitad de camino, entraron a un granero a tomarse una cerveza.

—Son bastante gorriones tus amigos.

Óscar se encogió de hombros, su mirada se opacó y su boca hizo un gesto de desengaño.

—Lo sé. Pero me enseñan de caballos.

—¿En verdad crees que vas a tener caballos?

—Puedes reírte cuanto te dé la gana, pero de ello puedes estar seguro. Tan seguro como yo lo estoy.

—¿Por qué lo deseas tanto?

—Porque quiero alejarme de esta sociedad de mierda y construirme un mundo a mi manera. ¿Has meditado en la filosofía de Discépolo?

*Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé
En el quinientos seis, y en el dos mil también.
Todo es igual, nada es mejor
Lo mismo un burro que un gran profesor.
No hay aplazaos ni escalafón
Los inmorales nos han «igualao».*

—¿Hipocresía, falsedad, veleidad, falsa moral? Como quieras llamarlo. Así es nuestra sociedad, y como la detesto quiero vivir en solitario. Además, sabes que aquí no podré salir de la miseria pues no abusaré de nadie ni permitiré que abusen de mí.

*Es lo mismo el que labora
Noche a noche como un buey.
Que el que vive de los otros
El que mata, el que cura o está fuera de la Ley.
Todo es igual, nada es mejor
Lo mismo un burro que un gran profesor.
Siglo veinte Cambalache.*

Octavio lo señaló con el índice y lo miró con el asombro de quien acaba de descubrir un secreto.

—¡Estás huyendo! —dijo.

—No, Octavio —dijo con voz cargada de tristeza, de la tristeza que genera el ser un incomprendido—. No. Simplemente no son para mí los automóviles, el cine, los avisos luminosos, las calles atestadas, los trabajos con horarios y jefes ni las reuniones sociales con asentimientos y sonrisas fingidas. Y, sobre todo, aquí no podré tener mis caballos ni devorar praderas a lomos de monturas fogosas que me lleven allá, al final del horizonte, donde levantaré mi

campamento. No olvido a Martín Fierro y a Don Segundo Sombra. Los leí una y otra vez porque envidio a esos hombres libres de todo lazo y compromiso, y aún recuerdo cómo se rieron mi padre y tú cuando concluí que la esencia de esas obras es mostrar que la libertad solo se consigue cabalgando en campo abierto. Sé que la realidad es diferente, que si logro mi propósito será a costa de deudas y sacrificios, pero viviré en medio de la naturaleza y lejos del pavimento y las aglomeraciones. ¿No lograrás entenderme?

Octavio bebió su cerveza a pequeños sorbos, y su frente formó arrugas, horizontales unas veces, verticales otras. Miró a ninguna parte, y luego con firmeza a los ojos del amigo.

—¡Eres un bobo de mierda que no sabe dónde está parado! Medellín es una ciudad fogosa, más fogosa que tus corceles y está llena de oportunidades, ¿oíste? ¡Llena de oportunidades! Pero a ti no se te ocurre más que huir y buscar un campo solitario donde mantener caballos. ¿Vas a copular con ellos? ¿Volverás a la arriería y competirás al ferrocarril? En su agonía le prometí a tu padre que te orientaría, lo he intentado una y otra vez, pero veo que definitivamente no escucharás consejo; lo mejor será darme por vencido.

Callaron. Por señas pidieron más cerveza. El silencio y el tiempo desvanecieron las tensiones.

—Óscar, el tema me tiene hastiado, pero por última vez voy a pedirte que te dejes ayudar. ¿Dices qué nuestros dirigentes no pasan de ser un club de usurpadores? Pues qué importa, únete a ellos y aprovecha; mi familia te da la oportunidad.

—No. Aprovéchalo tú. Yo iré al campo y construiré una sociedad decente.

—¿Según el modelo de tu admirado Rousseau? Pensando en sandeces no construirás tu futuro.

—A pesar de tu burla agradezco tu intención, Octavio. Sé que es noble y que tienes la razón, pues someterme a la usanza y ser protegido por una familia influyente como la tuya es asegurarse un futuro fácil. Pero el mío está en el campo donde podré vivir a mi manera.

Aunque sentí pesar de mi amigo y casi me burlé de sus planes, no pude más que admirar su decisión. Quise abrazarlo, quise decirle que estaba orgulloso de tener su amistad, pero entonces perdería la última oportunidad de convencerlo de quedarse en la ciudad y dedicarse a algo práctico y rentable.

—Allá tú, entonces —dije con desgana—. Vamos a tu casa.

Pagamos las cervezas y volvimos a tomar la suave pendiente hacia el barrio Manrique. Caminando despacio por el Barrio Prado, le expliqué las diferencias arquitectónicas de las mansiones que allí abundan, y lo adinerados que tenían que ser sus habitantes. Óscar pareció escucharme, pero no lo hizo. Solo se dedicó a detallarme cómo serían sus tierras y los ganados y los sembrados. Cuando estábamos próximos a llegar nos encontramos con una mujer de cuerpo pequeño y delgado, trenza abundante y ojos vivaces. Venía de rezar, su ritual diario. Siempre hacía sin descanso, con pasos cortos y constantes, el trecho que separaba su vivienda de la iglesia de los Carmelitas Descalzos. Su saludo fue un «¡qué sorpresa!».

La mujer abrazó a su primogénito, el más grande amor de su vida, y a pesar de que él ejercía de señor de la casa y padre de sus hermanas, supe que ella sentía que abrazaba a su bebé. Mucho tiempo después me contó que cada vez que tenían contacto físico, ella recordaba todos los hechos de la vida de su hijo acaecidos desde la muerte de su esposo. Sobre el ataúd, aquella tarde del lunes 27 de noviembre de 1944, con veinte años y tres días de edad, le dijo que no se preocupara por ser una viuda sin recursos, que él sostendría a la familia, y a fe que lo cumplía sin pronunciar nunca una queja. Aceptaba cualquier trabajo y a ella le entregaba el fruto de su esfuerzo. Leía mucho, y con mejor ejemplo que consejos logró mantener la unión familiar. Pero ahora él, mi más dilecto amigo a pesar de ser el único hombre que se atrevía a cuestionar mi sistema de vida, tenía ideas extrañas y la tranquilidad de su familia era cosa del pasado.

—¿De dónde vienen? —preguntó ella cuando llegamos y nos sentamos en el balcón de las escalas.

—De ver caballos —contesté.

Los ojos de la mujer brillaron. Me habló con ese deje implorante de las madres incapaces de ver a un hombre en su bebé de ayer, de las que piensan que por fuera de su regazo a los hijos solo los esperan sufrimientos.

—Octavio, ayúdeme a convencerlo, ¿sí? Mire que hasta tiene ahorros dizque para comprarse una tierra, y casi no tiene ropa.

—Ya me di por vencido, mamá Rosa. Ya me di por vencido.

—Se oyen comentarios terribles —dijo la mujer con el tono grave de quien quiere infundir miedo—. Dicen que están matando a los liberales en los campos, allá es donde mi hijo quiere meter la cabeza, ¡y con esos pensamientos que se mantiene pensando! Imagínese Octavio que me explicó el tal contrato... ¿Contrato qué, *mijo*?

—Social, mamá.

—Imagínese, Octavio, que esa, dizque, es la mejor sociedad ¡y el cura dice que no creen en Dios ni en la autoridad del Papa! Imagínese Octavio qué clase de sociedad será. Y se mantiene estudiando el liberalismo, y el cura dice que el tal liberalismo es igual al comunismo y que tampoco creen en Dios. Yo tengo mucho susto de que lo maten por esas ideas, mejor quédese en Medellín, *mijo*. ¡Usted no puede hacerme sufrir!

—Solo voy a trabajar, mamá. No tiene de que preocuparse.

—Puede hacerlo en Medellín, *mijo*, igual que lo hacen los vecinos. Mire que ellos tienen salario fijo en las fábricas, algunos hasta compraron estufa y camas y tienen ropa, y usted sigue trasnochando en ese restaurante dizque porque no se va a dejar... ¿A dejar qué, *mijo*?

—Castrar mi identidad.

—Imagínese, Octavio. El cura dice que lo puede recomendar como buen cristiano, que con eso lo reciben en una empresa, pero él se niega dizque porque a los obreros los obligan a cumplir los mandamientos de la Iglesia. ¡Qué vaina! Como lee a esos tales filósofos y a esos revolucionarios, y el cura dice que eso es pecado

porque contradice la ley divina, ya todo le parece malo. Imagínese Octavio. Quédese en Medellín, *mijo*. No busque riquezas que le hagan perder el alma. Su papá decía que la pobreza es un sello de nacimiento imposible de borrar.

—Ya lo decidí, mamá. No le veo ninguna grandeza a seguir la tradición de pobre, sino al preguntarme quién soy y cuanto valgo. En mis noches de desvelo veo allá, profundo en el futuro, a un Óscar adinerado y admirado por todos, y estoy decidido a ir en su busca pues sé que solo cuando lo encuentre sentiré que valió la pena nacer.

Fue largo el silencio. La mujer limpió las gafas en el pañolón, y lentamente se puso de pies.

—Les haré comida. Se la dejo tapada. Le arreglaré cama, Octavio —dijo cuando desapareció en el interior de la casa.

Óscar la siguió. Reapareció con una botella y dos copas.

—Veo que mi madre y usted están de acuerdo, Octavio; Medellín me ofrece múltiples oportunidades. Vivir sometido a los designios de un político, es una; ser mesero u obrero de por vida, orfebre, peón de construcción o pequeño comerciante, es otra. También puedo ser maestro de escuela como mi padre, con abnegación ejercer mi magisterio y aguantar hambre, e, igual que él, morir en la miseria. ¿Eso quieres para mí? O puedo volver sobre las huellas de la originaria acumulación de muchas fortunas antioqueñas, y lograr una mezcla de ganadería y colonización. Mi idea es ir a un sitio de poco valor donde mis ahorros me hagan propietario, tomar ganados al aumento, invertir mis utilidades en pagar peones para tumbar baldíos y acrecentar mis propiedades, y criar caballos finos. ¿Recuerdas al hombre bien vestido que con insistencia ofrecía por el alazán? Ese es mi mercado futuro; el ego de los adinerados. Seré libre, no viviré en el antro que es para mí una ciudad, y cuando tenga mucha tierra fundaré un pueblo donde la felicidad sea patrimonio común. ¿Por qué te ríes y me miras con asombro? Lo digo porque estoy convencido de que cuando no hay avaricia, Platón no es tan platónico.

Los gestos de Octavio mostraron que pasó de la incredulidad al asombro. Me señaló con ambos índices, miró a la distancia, volvió a señalarme, sonrió y su frente se arrugó. Se tomó un trago y habló en voz baja.

—La colonización ya terminó.

—No. Y no terminará mientras existan tierras baldías y hombres dispuestos a dehesarlas.

En silencio fumamos, y en silencio vaciamos una y otra copa. Pensé en don Daniel, el padre de Óscar, y recordé su larga amistad. Él fue mi maestro y guía hasta cuarto elemental, cuando mi familia apareció rica y me sacó de la escuela pública para llevarme a estudiar con los jesuitas, pero el vínculo arraigó profundo y nunca se rompió. Don Daniel me guio en el estudio de los clásicos y en su biblioteca leí todo lo que me prohibían los nuevos profesores, es decir, todo lo que no fueran Las Vidas de los Santos. Con él estudié el liberalismo y me pareció una doctrina equitativa, pero no pude dejar el conservatismo pues eso significaría perder el favor de mi familia que ahora tenía apellido ilustre y respetable ante la curia. En verdad quería a mi amigo tanto como quise a su maestro.

—Óscar, ¡están matando a los liberales en los campos! —dije con tono casi suplicante—. Iglesia y Gobierno no pueden permitir que Gaitán los una y se tomen el poder, pues haría de Colombia un estado social-demócrata. A mí poco me importa que se maten por ideologías, pues en unos meses estaré en Europa, estacionado en la Legación de un país en paz, y...

—Mamando del presupuesto. Gozando el favor de tu partido y tus apellidos.

—Como quieras llamarlo, pero seguro y tranquilo y eso quiero para ti. ¡No puedes ir al campo, hombre!

—Eres tú quien huye.

No medité en esa afirmación, pues en principio no me importó, pero sí me pregunté si, inútil, tercamente no estaría metiéndome en asuntos donde solo el eco de un cadáver me llamaba. En silencio, con el transcurrir de los minutos esa afirmación me dolió,

pues entendí que el irreverente de Óscar era más grande que yo. Solo, sin herencia, sin ayuda y contra toda posibilidad, definió su futuro y lucharía por alcanzarlo. Si antes quise abrazarlo ahora me provocó abofetearlo, pues la resolución de mi amigo me hizo sentirme como un mantenido de familia burguesa que sin méritos iría a disfrutar de un puesto burocrático.

—También puedes llamarlo como quieras —dije con desgana. Me sentí asqueado de luchar por una causa ajena, pero igual satisfecho por haber intentado cumplir una promesa—. Cuenta con el apoyo de mi familia; dinero, referencias, cartas de presentación, lo que necesites cuando encuentres tu tierra. Buscaré un taxi.

El lunes por la mañana, algo ya acostumbrado por meses, Óscar fue al Ferrocarril de Antioquia a averiguar por su posible empleo. Aquellas oficinas llenas de archivadores y escritorios con cerros de papeles, de máquinas de escribir y teléfonos bulliciosos, tendrían que ser el puente al futuro que anhelaba. Con ansiedad buscó al oficinista que intercedía por él ante el jefe de personal, un hombre de mediana edad conocido por casualidad en el tranvía y a quien, para congraciarse con él, había invitado dos veces a ver caballos en la avenida La Playa.

—Nada —le dijo éste—. Y tendremos que cambiar tu filiación política porque ahora solo hay puesto para conservadores.

—Solo pido cualquier oficio en Berrío.

—Entonces pierde la esperanza.

—Cambiémosla. ¿Crees que pueda entrar a colaborarles, en cualquier cosa? Estoy harto de pasar las mañanas en las bibliotecas.

—Hablaré con el jefe.

Salió y, ante la falta de qué hacer, deambuló por la plaza Cisneros. Caminó entre taxis, buses, viajeros cargados de maletas, mendigos, locos y rateros. Cuando traspasó la calle San Juan se le acercaron dos hombres de movimientos delicados y vestidos estrambóticos que le pidieron cigarrillos: «y no sabes papito lo que te pierdes por macho». El calor descomponía con rapidez los de-

sechos de la plaza de mercado, y el aire era una mezcla de olores de pescado expuesto sobre carretas, de verduras podridas, de lirios marchitos, de huesos arrumados en las puertas de las carnicerías, de cuerpos sudorosos de cargadores y de ijares húmedos de caballos de tiro. Miraba los edificios gemelos Vásquez y Carré, decorados de igual forma y de manera tan exuberante como los europeos que mostraban las láminas de sus libros de geografía, cuando fue acosado por dos mujeres de rostros en extremo pintados y ropas escasas y pobres, que tenían edad suficiente para ser sus abuelas y le cobrarían barato.

—Observen estos edificios —les dijo—. Observen este barrio Guayaquil. Si fuéramos aseados sería tan llamativo como cualquier mercado de París o Londres. ¡Y vaya si es grande!

—¿Qué son París y Londres?

Sonrió, las miró, y al ver su aspecto casi ríe a carcajadas.

—Tengo sífilis —les dijo.

—Pues nosotras también —contestó la menos vieja sin inmutarse, y cuando abrió la boca lo único visible fueron los muñones de sus caninos superiores—. Y a ella tampoco le han podido curar la gonorrea, dijo señalando a su compañera.

Les dio unas monedas y se alejó. Caminó por esas calles llenas de gentes que siempre le parecieron cargadas de afanes insulsos que solo llevaban a la inmediatez del sobrevivir diario. Caminó sintiendo desprecio por esas vías estrechas que ocultaban el horizonte, sin saber, no podía saberlo y ni siquiera imaginarlo, que esas calles que tanto odiaba serían al final su único refugio pues, contra todo lo previsible, contra tanto esfuerzo, también él sería solo un desechable más. En esta parte de la historia callaba, atizaba la hoguera, pensaba, y nosotros supimos que sus ojos inexpresivos no se encharcaban porque ya se habían secado definitivamente. Caminó despacio por la carrera Carabobo y observó con disimulo los rostros de los transeúntes, los analizó e intentó definir su oficio.

—Éste es un malevo para quien el barrio Guayaquil es la perfecta cueva de prófugos —pensó de un hombre de rostro cansado

y ojeras grandes y oscuras que pasó a su lado tarareando: «*Allá en la penitenciaría / Ladrillo llora su pena / pagando injusta condena / aunque mató en buena ley*»—; este un timador —se dijo de un sujeto que con ojos rápidos lo observó en un instante de arriba a abajo y lo desechó al observar su vestimenta sencilla—; estos van tras el licor y la lujuria —dedujo de dos jóvenes de ropas campesinas, sombreros pequeños y poncho al hombro que deambulaban entre un enjambre de prostitutas.

Hastiado de caminar entre el gentío, de escuchar los gritos que anunciaban la próxima salida de los camiones intermunicipales y de ser asediado por mendigos y vendedores ambulantes, se detuvo y se recostó contra un taxi estacionado. De un bar a sus espaldas brotó una voz que sintió melancólica, y a la vez dulce y melodiosa.

*Volvió cansao de sufrir, de un largo vagar,
el pobre resero.*

Pensando al fin encontrar, dulzuras de hogar, caricias y besos.

Entró y se sentó al lado de la puerta. No pidió servicio, pero la mujer que atendía le trajo una cerveza. En el fondo, en una mesa llena de botellas, diagonal al piano, dos hombres llorosos, de ruanas oscuras y sombreros también oscuros, se bebían a Magaldi.

La mujercita hacendosa, la causa de sus desvelos.

*Y en cambio solo encontró
el rancho callao, callao y tristón.*

—Tráeme un tinto, te sientas conmigo y te regalo la cerveza —le dijo a la camarera.

Ella lo cubrió con una mirada larga cargada de repugnancia, cogió la botella y se marchó. La observó alejarse. Le gustaron la piel blanca, las piernas largas que nacían en caderas redondas y proporcionadas y el caminado armonioso. Llegó con el café y un

ron para ella, y se sentó a su lado. Lo miró en silencio y su rostro se hizo frío y ceñudo.

Y en una maldición, alzó los brazos al cielo.

—¿Qué me miras? Pareces un idiota que nunca ha visto una mujer.

—No tienes por qué ser ofensiva. Te miro porque eres tentadora.

El rostro frío y ceñudo se contrajo aún más, como si de improviso se hubiera cruzado con algo repulsivo y asqueroso.

—Todos los hombres son iguales de *hijueputas* —dijo mirándolo a los ojos—. No más eso les importa.

Óscar se confundió. Decirle tentadora a una mesera de un bar anónimo en un barrio sin categoría lo creyó un halago, y al parecer fue una ofensa suma. La miró, observó lo pulido de sus facciones y sintió curiosidad. Cuando estuvo seguro de que ella no pertenecía a ese medio, cambió de estrategia, pues de pronto le interesó su amistad y tuvo deseo de conocer su historia.

—Solo quise ser agradable —le dijo con el tono más áspero que encontró—. Pero como eres odiosa e insoportable, así pagas mis halagos. Y ya no te invitaré a cenar. No sé por qué pensé en cenar contigo si eres fea, horriblemente fea y desgarrada. Y me daría pena que me vieran acompañado de semejante ogro.

—¿Me invitas a otro ron? —preguntó ella después de unos minutos.

A Óscar le pareció que el frío abandonó la expresión del rostro, y que en la mirada había algo de ansiedad.

—Y para completar, alcohólica. Tómate el maldito trago si es lo que quieres —dijo después de mirar hacia la calle.

Ella se marchó cuando supo que él no la miraría. La observó con cautela y la vio caminar aprisa.

Y en la manga, de su blusa, puso un lagrimón.

Volvió cansao de sufrir, de un largo vagar

El pobre resero.

—¿Demasiado fea? —preguntó en tono bajo cuando volvió a sentarse.

—Demasiado. Y horriblemente antipática.

La miró, y vio asombro en el rostro juvenil. Cuando no pudo evitar una sonrisa, ella sonrió a su vez.

—Creo que mientes —dijo con ojos iluminados y jugueteos—. Me han dicho que soy bonita.

—¿Alguno en especial?

Lo miró con parsimonia, su mirada se llenó de melancolía y el rostro volvió a oscurecerse. Hizo una mueca, agachó la cabeza y se tragó las palabras.

Él le tomó las manos, y se sorprendió al notar que por primera vez tocaba a una mujer, no por pasión, sino más bien por cariño. La sintió solitaria y triste. En la mirada vio desdén y en los ademanes incertidumbre.

—Déjame adivinar. Eres pobre y tu patrón, o el patrón de tu padre, te prometió el cielo y luego te abandonó por una mujer de recursos y apellidos que conviniera a sus intereses.

—Era casado —dijo después de mirar a ninguna parte. Sus codos descansaron sobre el borde de la mesa, sus brazos se extendieron sobre ella y sus manos se crisparon sobre el vaso. Miró a Óscar. Él vio a través de una mirada sin brillo un alma libre de mentira, y no fue una mirada implorante sino firme. Sus labios dudaron antes de abrirse.

—Lo hice para salvar el empleo de mi padre —dijo con palabras lentas y gruesas, como si quisiera convencer a un jurado—. Pero como mi padre es un *hijueputa* igual a todos los hombres, no me creyó una palabra y me echó de la casa por vagamunda.

—Y me imagino que luego echaron a tu padre de su trabajo.

—Claro. La Liga de la Decencia presionó para ello. ¿No ves que tiene una hija puta?